

diendo inmediatamente: *Vuestra voluntad se cumpla y no la mia*. Debemos advertir que no solo hemos de subordinar á la voluntad de Dios lo que deseamos, siéndonos dudoso de si es ó no provechoso á su gloria y á nuestra salvacion, sino aun lo mas justo y racional; no solo cuando son deseos de bienes temporales, sino aun cuando sean de bienes espirituales los mas necesarios para nuestra salvacion. De esta clase eran las gracias que San Pablo pedia á Dios cuando le suplicaba le librase del ángel de Satanás: Dios, sin embargo no accedió, sino que le dijo que á él tocaba esperarlo todo de su auxilio y estar siempre sobre sí. ¿Quién sabe si la miseria que nosotros lloramos nos será mucho mas útil que el estar libre de ella? ¿Cuántas veces no saca Dios bienes de los mismos males? Cuando estemos colocados en la bienaventuranza, veremos llenos de asombro y de admiracion que esas mismas miserias nos hicieron mas fervorosos en nuestras oraciones, mas firmes en nuestra humildad y mas austeros en nuestra penitencia. Solo una cosa es permitido pedir á Dios absolutamente y sin restriccion, y es la salvacion, porque no hay duda en que Dios quiere ciertamente salvarnos; pero respecto á los medios de conseguir esa salvacion, los debemos pedir al Señor con subordinacion á su voluntad. Muchas veces Dios concede á nuestra oracion lo que al parecer niega á nuestra voluntad: pide Mónica que su hijo Agustin no pase á Roma, porque teme se retarde su conversion, y Dios no la escucha, porque sabia que aquel viage iba á acelerarla: le niega entonces lo que le pide, por concederle lo principal que le pedia. Apliquemos este hecho á nosotros: pedimos á Dios nos libre de tal y tal miseria, porque creemos perjudica á nuestra salvacion; Dios no acude á nuestra peticion porque está viendo todo lo contrario. Hay mas: nuestras oraciones son bien eficaces, supuesto que al menos no pasamos á peor estado: Dios sin duda nos oye, puesto que hace que nuestra miseria nos conserve en el estado de temor que debemos, que nos manifieste la necesidad de su gracia para adelantar en la virtud y para permanecer en ella; y comunicará sin duda mas fé, mas fervor y mas perseverancia

á nuestras oraciones, siempre que unamos al deseo sincero de obtener lo que pedimos, la subordinacion perfecta á su santísima voluntad: dos condiciones que harán nuestras oraciones agradables á Dios y provechosas á nosotros.

FESTIVIDAD DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.

La triunfante Ascension del Salvador á los cielos, nos manifiesta el misterio mas glorioso de nuestra religion. En la Encarnacion del Hijo de Dios se nos manifiesta la guerra que declaró á todas las potestades del infierno, comenzando desde este instante la grande obra de nuestra redencion. En su vida vemos una continua lucha que no se terminó sino con su muerte. En su Resurreccion nos deja ver el poder de su triunfo: y en su Ascension á los cielos, la triunfante entrada en la mansion de su gloria, abriéndonos las puertas del cielo y preparándonos el lugar como nuestro verdadero precursor.

Los cuarenta dias que pasaron antes de que llegase este glorioso dia, los empleó el Salvador en convencer á sus discipulos con muchas pruebas y señales visibles de la verdad de su Resurreccion, haciéndoles ver por sus frecuentes apariciones que estaba vivo; comió varias veces con ellos, y les habló del reino de los cielos, es decir, de los misterios de la religion, de los que se habian hecho mas capaces, desde que habiéndoseles aparecido el mismo dia de su Resurreccion, sopló en ellos y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo*. Aunque hasta el dia de pentecostes no recibieron la plenitud de los dones del Espíritu Santo; y aunque hablando en rigor las mencionadas palabras, no se deben entender sino en cuanto á la potestad de absolver los pecados en el Sacramento de la penitencia; sin embargo, puede decirse que su entendimiento quedó desde entonces mas ilustrado y más capaz de entender aquellas grandes verdades de que el Salvador no les habia hablado hasta entonces, sino de un modo figurado y misterioso. Terminándose el tiempo

de la detención visible del Salvador sobre la tierra, hizo venir á los once apóstoles de Galilea á la Judea, y el mismo día que habia de subir al cielo, que era el cuarenta despues de su Resurreccion, estando todos juntos, se les apareció cuando estaban en la mesa, y se puso á comer con ellos, como lo acostumbraba hacer cuando se les aparecia, no porque tuviese necesidad de alimento, sino solo para darles una prueba de su verdadera Resurreccion. Acabada la comida, les hizo un largo sermón, que fué como el compendio de las lecciones que les habia dado, y un resúmen de lo que debian hacer, de lo que les habia de suceder de mas extraordinario, y prometiéndoles que el Espíritu Santo les habia de dar dentro de pocos dias una inteligencia mas circunstanciada y mas perfecta. "Ya sabeis, les dijo, que se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra." Habla Jesucristo con mas especialidad del poder que tenia en calidad de Mesías para el gobierno de su Iglesia. Id, pues, como ya os he dicho otras veces, por todo el mundo, á predicar el Evangelio á todas las naciones: vuestra mision no está limitada á un solo pueblo; instruïd indiferentemente á todos los pueblos y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñadles á observar todas las cosas que os he mandado. El que creyere y se bautizare, se salvará, así como el que no creyere se condenará. Y para que aquellos que creyeren puedan trabajar con mas utilidad en la conversion de los infieles, les daré la potestad de hacer milagros; arrojarán los demonios en mi nombre, hablarán lenguas que jamas habrán sabido, harán morir las serpientes é insectos mas venenosos; y los venenos mortales que les harán beber, no les dañarán; curarán toda suerte de enfermos, sin mas que tocarlos con sus manos.

En esta última aparicion fué cuando tambien reprendió el Salvador á sus discípulos, echándoles en cara, aunque de un modo suave y lleno de bondad, la repugnancia que habian tenido muchos en rendirse al testimonio de los que le habian visto resucitado. Les trajo á la memoria cuanto les habia dicho estando con ellos, tocante á su muerte y á su Resurreccion, to-

do lo cual lo habian visto cumplido. Que todo lo que estaba escrito de él, así en la ley de Moises, como en los Profetas, en Salmos y otros libros, debia cumplirse exactamente. Les citó los pasages que hablaban de él, y habiéndoles ilustrado el entendimiento, para que comprendiesen el sentido que encerraban, les mostró que segun las escrituras, el Mesías debia padecer una muerte afrentosa y cruel, y resucitar tres dias despues, como ellos mismos lo habian presenciado. Hizoles despues un plan en general de su Iglesia; y les dijo que debia haber predicadores que instruyesen á todas las naciones, empezando por los habitantes de Jerusalem, que exhortasen á la penitencia, y á los que se convirtiesen les prometiesen de su parte y en su nombre la remision de sus pecados. A vosotros, añadió, os he elegido para este grande ministerio, id, anunciad á toda la tierra el misterio de mi Resurreccion, y todos los prodigios de que habeis sido testigos oculares. Id, y predicad á todos los pueblos las grandes verdades que os he enseñado. Yo os daré palabras y una sabiduría á que todos los pueblos no podrán resistir ni oponer nada, aunque se ligen y armen contra vosotros. No temais, yo estaré con vosotros; y á pesar del furor y rabia de vuestros enemigos, en medio del fuego de las persecuciones, no se perderá ni un solo cabello de vuestra cabeza. Bien presto sereis revestidos de la virtud y fuerza de lo alto, pues voy á enviar sobre vosotros el don de mi Padre que se os ha prometido; hasta entonces permaneced encerrados para prepararos á recibir este insigne favor. Ya sabeis que Juan dió un bautismo de agua; pero vosotros recibireis dentro de pocos dias el bautismo del Espíritu Santo. Este Espíritu consolador bajará sobre vosotros como un rio de fuego y de luz, que en cierto modo os inundará, sereis como sumergidos en este torrente, en estas aguas vivas de la gracia, en este fuego vivificante. En el bautismo de San Juan, el agua significa la gracia, pero no la da; mas en el de Jesucristo, la significa y la infunde; pero en el bautismo del Espíritu Santo se ve todavia un símbolo mas perfecto. Es este un bautismo de fuego que obra é infunde la gracia con tanta mas abundancia, cuanto el fue-

go tiene mas virtud que el agua para purificar, iluminar y abrasar.

Todos los discípulos del Salvador, cuyo número ascendía á ciento y veinte, comprendieron por lo que acababan de oír, que su divino Maestro estaba cerca de dejarlos, para volverse á su reino. Lo que el Salvador acababa de decir de la promesa del Padre, que él mismo les habia anunciado, hizo pensar á los apóstoles en un nuevo reino y en el restablecimiento de la nacion, tan repetidamente anunciados por los profetas. Pero como todas sus ideas se limitaban á un reino temporal, semejante á los de acá abajo, y no concebían cosa mas grande que mandar y reinar sobre la tierra, esta fué la sola cosa que pidieron al Señor para su nacion, la que gemia tanto tiempo bajo una potencia extranjera. Señor, le dijeron, ¿por ventura vas á restablecer el pueblo de Israel en su primer esplendor? ¿Por ventura ha llegado el tiempo de que volvais á darle reyes, y pongais sobre el trono á los hijos de Abraham, herederos de David? Despues de haber triunfado tan gloriosamente de vuestros enemigos, ¿podreis dejar mas tiempo á este pueblo en la servidumbre? El Salvador les respondió con su ordinaria mansedumbre, escusando su grosería y simplicidad, porque todavía no habiendo bajado sobre ellos el Espíritu Santo, era demasiado corta la luz que tenían, para que penetrasen á fondo las cosas espirituales y divinas; contentóse con insinuarles dos verdades importantes que no debían ignorar. La una era que el reino de Israel de que hablaban los profetas, y que él habia venido á establecer, y en el que queria darles los primeros puestos, no consistía en un poder soberano que los judíos hubiesen de tener sobre los demas pueblos, sino en un imperio absoluto de Dios sobre ellos, y sobre todos los pueblos que él llamaria á su Iglesia. Que este reino era la nueva iglesia que iba á suceder á la Sinagoga, en el cual habia de cumplirse cuanto en otro tiempo habia prometido por sus profetas: que en esta iglesia habia de reinar con un imperio mas absoluto y universal, tanto sobre los entendimientos por la fé, como sobre los corazones por la caridad, hasta que en los últimos tiempos

reuniese en una misma iglesia, bajo una misma ley, al pueblo Judaico y al pueblo cristiano.

La otra verdad era que en este reino todo espiritual habian de suceder cosas grandes, y que harian mucho ruido con el tiempo; pero que era inútil saber cuando sucederian: que habia sucesos cuyo conocimiento estaba reservado á su Padre, es decir, que Dios no queria revelarlos á los hombres, y que estos eran unos secretos en que no les convenia querer entrar que si por un especial favor los habia elegido por sus principales ministros, no era porque fuesen muy hábiles, ó de grandes talentos; que no pedia de ellos otra cosa que una entera submission á su voluntad, y una perfecta obediencia: que debian estar seguros que servian á un Señor igualmente bueno que poderoso, el cual no los pondria en ningun empleo, sin darles los medios y talentos necesarios para desempeñarlo dignamente; que sabia que por sí mismos no eran sino flaqueza; pero que les preparaba un gran socorro, que dentro de pocos dias bajaria del cielo sobre ellos el Espíritu Santo, que les inspiraria un aliento y un don de fortaleza y de sabiduría, á que nada podria resistir. Entónces tendreis una perfecta inteligencia de aquellas sublimes verdades y de aquellos grandes misterios, que os costaba tanto el creer, y que apenas podiais entender: entónces se desvanecerán todos vuestros temores, y tendreis valor para predicar mi divinidad y mi evangelio en medio de Jerusalem y hasta en el templo. Lo predicareis con intrepidez en todas las ciudades de la Judea, á los ojos de mis mas mortales enemigos: en Samaria, donde reina tantos siglos há la supersticion y la impiedad; pero no se limitará á estos parages vuestro celo; llevareis con el tiempo mi nombre mas allá de los mares, é ireis á anunciar mi Evangelio hasta las estremidades del mundo: si despues de vuestra muerte quedan algunos pueblos por instruir, vuestros sucesores animados del mismo celo y del mismo espíritu que vosotros, continuarán vuestros trabajos, y llevarán las luces de este Evangelio hasta los mas retirados climas de la tierra.

Acabado este último discurso, llevó el Salvador aquella

bienaventurada multitud fuera de la ciudad á la parte de Betania, y los hizo subir al monte Olivete, distante de Jerusalem cerca de dos mil pasos. Llegados á la cumbre del monte, levantó Jesus los ojos y las manos al cielo, y bajándolos despues hácia sus queridos discípulos, que estaban juntos todos al rededor de él, les echó la bendicion; y á ese tiempo, mientras que sus corazones estaban inflamados de un nuevo fuego divino, y enternecidos todos hasta derramar lágrimas, puestos sus ojos amorosamente en él, lo vieron todos elevarse poco á poco hácia el cielo. Entónces, aumentándose sus votos, su ternura, sus transportes de amor y sus lágrimas, le adoraron con el mas profundo respeto, y lo siguieron con los ojos, sin cansarse de mirarlo hasta que lo perdieron de vista, robándosele á sus ojos una nube resplandeciente que lo envolvió y lo ocultó. Esta nube era como un velo bastantemente transparente para no quitárselos de una vez de delante; y con todo eso bastante espeso para impedir que el demasiado resplandor de su cuerpo glorioso no los deslumbrase. Veianlo subir poco á poco, hasta que en fin, condensada la nube y puesta bajo de sus piés, lo ocultó enteramente y lo perdieron de vista. Aunque ya no lo veian, sin embargo, seguian siempre de vista á la nube sobre que iba, y que le servia de carro triunfal. Hubieran permanecido largo tiempo arrebatados de admiracion y como extáticos, si dos ángeles vestidos de blanco, semejantes á los que se habian dejado ver en forma humana junto al sepulcro al tiempo de su resurreccion, no les hubiesen hecho volver de un pasmo tan profundo. Estos enviados del Altísimo queriendo consolar á los discípulos del Salvador, afligidos por una separacion que sentian mucho, les dijeron: "Varones de Galilea, ¿por qué os estais aquí con los ojos clavados en el cielo? Jesus, vuestro divino Maestro, á quien habeis tenido la dicha de poseer tanto tiempo visiblemente, ha dejado en fin la tierra, para irse al cielo á tomar posesion de su reino: no creais por esto que os deja: estará siempre con vosotros hasta el fin de los siglos, como os lo tiene prometido; y aunque esto sea de un modo invisible, no os asistirá menos eficazmente: cuando vendrá visible-

mente, será en el gran dia del juicio; entonces vendrá de la misma manera que lo habeis visto hoy subir á su gloria. En aquel último dia del mundo, bajará de lo mas alto de los cielos con una pompa y una gloria semejante á la que en su Ascension habeis visto con vuestros propios ojos, entónces hará justicia á todos los hombres, y se la hará á sí mismo; pero tambien hará sentir su dulzura á los buenos, y el rigor de su justicia á los malos.

Los discípulos oyeron atentamente y con sumision lo que les dijeron los ángeles. Sentian mucho apartar sus ojos de un lugar en que estaba el objeto de su amor y su sumo bien: obedecieron no obstante, y se retiraron á Jerusalem, segun el Salvador se los habia ordenado, para aguardar allí el don del cielo y la misma fuente de todos los dones, pasando los dias y las noches en retiro y en oracion, teniendo á su cabeza á la Santísima Virgen que habia asistido con todos los apóstoles á la gloriosa y triunfante Ascension de su querido Hijo, y que era todo el consuelo de aquella recién nacida iglesia. ¡Qué vil y despreciable les parece desde entónces la tierra á los discípulos, exclama un sabio intérprete, y qué amargura no tiene para aquellos que en el triunfo de su dulce Maestro han visto brillar algunos rayos de su gloria! Es menester enviarles unos ángeles para advertirles que aparten los ojos del cielo. ¿A cuántos tibios cristianos no convendria hacerles una reconvenccion muy diversa? Siempre inclinados hácia la tierra, jamas levantan sus ojos hácia su celestial patria.

Jesucristo no desapareció en un instante, ni se ocultó furtivamente á los ojos de sus discípulos, sino que se elevó él mismo poco á poco por su propia virtud, sin que para esto tuviese necesidad de que nadie le ayudase. Quiso que le viesen todos subir al cielo para hacer incontestable este prodigio, y así como todos habian sido convencidos plenamente de la verdad de su Resurreccion por sus frecuentes apariciones, y por las familiares conversaciones que tuvo con ellos por espacio de cuarenta dias, así tambien quiso que todos fuesen testigos oculares de su gloriosa Ascension, y de entero cumplimiento

de lo que les habia predicho, y tantas veces habia traido á la memoria; es á saber, que habiendo venido del cielo á la tierra debia en fin dejar la tierra para volverse al cielo. Salí de mi Padre, y vine al mundo; ahora dejo al mundo y me voy á mi Padre. Estas pocas palabras, como se dijo en otra parte, encierran los principales artículos de nuestra fé tocante á la persona del Hijo de Dios. *Salí de mi Padre*, su generacion eterna: *Vine al mundo*, su Encarnacion: *Otra vez me voy á mi Padre*, su triunfante Resurreccion y gloriosa Ascension. En efecto, no teniendo ya el Salvador cosa que lo detuviese en la tierra, penetró en un momento todos los cielos, y fué á sentarse como hijo único de Dios á la diestra de su Padre, y en el mismo trono, donde comunicó á su santa humanidad toda la plenitud de su gloria.

El Salvador, subiendo al cielo, se dignó dejar impresos los vestigios de sus piés en la roca ó tierra sobre que estaba cuando se elevó á los cielos. Estos sagrados vestigios han perseverado constantemente á pesar de que los fieles van todos los dias á tomar de la tierra de aquel paraje, para llevársela por reliquia: y lo que enzalsa todavia mas este milagro, es, que cuando la ciudad de Jerusalem fué tomada por Tito el año de 70 de Jesucristo, habiendo acampado mucho tiempo el ejército romano sobre el monte Olivete, ni los movimientos de los soldados, ni los piés de los caballos, ni los trabajos del campamento pudieron borrar ni deshacer aquellos sagrados vestigios, lo que siempre se ha mirado como un segundo milagro. Otro prodigio estupendo hizo tambien el Señor con ocasion de los mismos sagrados vestigios. Habiendo Santa Helena madre del gran Constantino hecho edificar la célebre Basilica de la Ascension, en el mismo parage del monte Olivete, desde donde se sabia que habia subido el Salvador á los cielos, mandó que el pavimento de esta magnífica iglesia fuese muy precioso, especialmente el sitio donde subsisten las huellas del Salvador; pero cuando lo quisieron cubrir de mármol, no se pudo conseguir: todo cuanto se ponía en él era rechazado hácia fuera, y muy lejos arrojado por una virtud invisible que parecia salir de la tierra, la cual no podia sufrir nada sobre sí, desde

que habia sido consagrada con los piés del Salvador. Y añade San Gerónimo, que cuando se quiso acabar de cerrar la bóveda de aquella magnífica Basilica, no fué posible cerrar jamas el parage que caia perpendicularmente sobre el sitio en que estaban los vestigios del Salvador, de suerte que fue preciso dejar libre y sin cubrir este espacio. El milagro del techo y de la bóveda no se acabó sino con el edificio de esta antigua iglesia, que fué arruinada por los sarracenos; pero el de la impresion de los sagrados vestigios subsiste todavia hoy, y es el objeto de la veneracion y devocion de los fieles.

No se duda que la gloriosa Ascension del Salvador fué acompañada de aquella bienaventurada multitud de predestinados, que este divino Señor habia sacado del Seno de Abraham, donde estaban aguardando la redencion de Israel. Tantos Santos Patriarcas, tantos Profetas y tantas almas amigas de Dios que habia allí, seguian á este divino Conquistador victorioso del infierno y de la muerte; y habiéndose juntado con toda la corte celestial que habia salido al encuentro á su Rey, sirvieron como de cortejo y acompañamiento á la pompa del mas augusto de todos los triunfos. Mas si queremos nosotros celebrar dignamente y con devocion la gloriosa Ascension del Salvador, subamos con él, dice San Agustin, sigámosle hoy con el corazon, para que cuando llegue el dia de sus promesas le sigamos con el cuerpo, para gozar eternamente en su compañía de las mansiones celestiales.

El introito de la misa de este dia es tomado del principio de los hechos de los apóstoles, como igualmente la Epístola y el Evangelio tomados del fin del Evangelio de San Marcos; el cual contiene toda la hitoria del gran misterio de la Ascension, del modo que lo hemos expuesto.

No cesemos de bendecir al Señor nuestro Dios por un prodigio tan grande y de tanto consuelo para nosotros; acompañemos su triunfo con exclamaciones de gozo, y convidemos á todas las naciones á celebrar su nombre, y á publicar sus victorias.